

Agís Villaverde, Marcelino (coord.), *4 mujeres de palabra*, Madrid: Ibersaf, 2022.

A las cuatro mujeres a las que se refiere el título del libro –Rosalia de Castro, Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán y Sofía Casanova– les unían varios puntos en común: su procedencia gallega, su pensamiento feminista, su destacada posición en la literatura y en los círculos intelectuales del momento, su conciencia social, o su íntimo vínculo con Madrid –ciudad que les brindó grandes oportunidades formativas, sociales y culturales–. Los autores de los textos –Armando Requeixo, Rocío Carolo Tosar, Alba Iglesias Varela, Eva Asensio Castañedas, María Godoy, María José Pena García, Pilar Falcón y el propio Marcelino Agís Villaverde, coordinador de toda la obra– repasan la extraordinaria vida de estas cuatro mujeres, así como el contexto desfavorable para su educación y sus aspiraciones profesionales en el que se desarrollaron, su relevancia para la cultura de su época y su pervivencia en la actual, las características de su escritura y sus posiciones políticas e ideológicas. Pero, tal y como señala Falcón en el Prólogo, la relevancia de un libro como *4 mujeres de palabra* reside principalmente en el protagonismo que concede a la perspectiva filosófica de la obra de estas cuatro autoras, que había quedado eclipsada por la perspectiva literaria; y también en el rescate de la figura de Sofía Casanova, objeto de muchos menos estudios especializados. El libro se enriquece además con un epílogo final que aborda, por un lado, el contexto histórico al que pertenecieron las cuatro escritoras: el siglo XIX y las primeras décadas del XX, un periodo convulso, repleto de revoluciones y guerras tanto en Europa como en España; y, por otro, el papel que desempeñaron las mujeres en todos estos hechos.

El primer capítulo del libro está dedicado a Rosalía de Castro, a quien Armando Requeixo define como «la matriarca de la literatura gallega contemporánea» (p. 11). El autor aborda en una detallada biografía los puntos más importantes de su vida, como su temprana orfandad, su formación autodidacta, su matrimonio con Manuel Murguía –que no le restó autonomía ni criterio–, el nacimiento de sus siete hijos, sus continuos cambios de domicilio, o la orden que dio a sus hijas para que quemaran sus manuscritos y papeles antes de morir de cáncer de útero en 1885. En su abundante y variada obra –no dejó apenas género literario sin tocar: textos periodísticos, relatos, poemas, novelas, compilación de literatura oral– dio siempre voz a los desfavorecidos, a las mujeres, a los emigrantes, y expresó no solo el sentimiento de orfandad y morriña, sino también la alegría de las tradiciones populares. Filosofía y poesía aparecen intrínsecamente unidas en la poesía rosaliana, como bien propugnaba María

Zambrano, pues las metáforas escogidas por Rosalía de Castro expresan el sentido metafísico de la *saudade* o soledad ontológica en la que habita el ser humano. Su poesía aúna el carácter social con la defensa de lo gallego, el costumbrismo y el intimismo, siendo «capaz de plasmar en su obra toda el “alma galaica” desde la más pura intimidad del individuo» (p. 29). Sus *Cantares gallegos* dan inicio, de hecho, al *Rexurdimiento* de la cultura gallega, y la propia escritora devino objeto de culto y devoción por el pueblo gallego desde su muerte, como demuestra el traslado de su cuerpo al Panteón de Gallegos Ilustres. La suya fue, en definitiva, una «voz de un tiempo y de todo tiempo» (p. 22).

Concepción Arenal es la protagonista del segundo capítulo, que recoge, aunque pone en duda que realmente los hechos fuesen así, la leyenda que narra cómo Arenal se disfrazaba de hombre para acudir a las clases de Derecho de la Universidad. Tras ser descubierta y solicitar clemencia al rector, este le habría propuesto hacer un examen que, si superaba, le permitiría seguir asistiendo a las clases. Lo que sí es cierto es que desde pequeña leyó los manuales de derecho de su padre, liberal ajusticiado por los absolutistas. Ello determinó su carrera como escritora de ensayos jurídicos, penalistas y sociológicos, aunque también se dedicó al teatro, la ficción, las fábulas y los artículos de periódicos que le solicitaban abundantes cabeceras de diversos lugares. En su obra defendió la educación para las mujeres al mismo nivel de los hombres –dejó escrito que «la educación que se da en España a las niñas es el arte de perder el tiempo» (p. 72)–, la reinserción y no el castigo para los reos –insistiendo en un principio fundamental: odia el delito y compadece al delincuente–, y la desaparición de la explotación de las personas y las injusticias que sufrían mujeres y pobres, aunque siempre desconfió del marxismo y la revolución proletaria y abogaba por una justicia dentro del orden establecido, pues el cambio vendría dado, según ella, por la educación, la fe en Dios y la caridad. Su pensamiento recoge, así, influencias krausistas e ilustradas, pero también conservadoras y católicas y, como concluye Carolo Tosar, es un pensamiento práctico cuya finalidad «estaba orientada a la reforma de la sociedad para conquistar una igualdad real en los distintos planos de la misma: legal, educativo y social» (p. 84). Arenal dedicó parte de su tiempo al activismo social y fue visitadora de cárceles, lo que le permitió conocer de primera mano la penosa y degradante situación de los presos. El epitafio que se esculpió en su tumba refleja el espíritu de su obra y de su vida: «A la verdad, a una vida, a la ciencia».

De familia rica y ambiente familiar ilustrado, Emilia Pardo Bazán, protagonista del tercer capítulo, tuvo acceso a una ingente biblioteca desde pequeña y estudió en uno de los mejores colegios franceses de Madrid. Su pasión por la escritura comenzó desde muy joven y le acompañaría durante toda su vida: de hecho, no dudó en separarse de su marido José Quiroga cuando este le prohibió escribir. No fue aceptada en todos los círculos –fue rechazada su candidatura para entrar en la Real Academia Española–, aunque logró justa fama internacional y el propio rey Alfonso XIII la designó condesa de Pardo Bazán. Escritora prolífica, sus obras completas suman 43 volúmenes, y los expertos distinguen tres etapas en ellas: una primera realista-naturalista; una segunda donde el naturalismo va dejando paso al espiritualismo y la novela psicológica de influencias rusas; y una final con elementos modernistas y simbolistas. A lo largo de su toda su vida y valiéndose de su pluma para ello, Pardo Bazán defendió el galleguismo cultural, que no político, pues, aunque fuera amante de Galicia, a la que llamaba su «tierra», fue muy crítica con los regionalismos políticos y defensora de la unidad de España. Su determinismo social estaba teñido de un fuerte catolicismo y conservadurismo. Aunque se declarase apolítica o independiente, militó en el carlismo frente al pensamiento liberal y defendía el absolutismo como «el único sistema capaz de garantizar el cumplimiento del plan divino» (p. 121). A pesar de su conservadurismo, no dudó en alzar la voz para defender el papel de la mujer en la educación y la vida social.

El libro se cierra con el capítulo más interesante y novedoso, el dedicado a Sofía Casanova, quien fue la primera escritora en profesionalizar su trabajo y vivir de él. Su impresionante vida se narra con todo tipo de pormenores: en Madrid participó de los círculos de escritores y brilló por sus recitaciones teatrales, hasta el punto de que incluso el rey Alfonso XII la invitó a palacio para que recitase; su amigo Campoamor le presentó a su marido, un joven filósofo polaco llamado Wincenty Lutoslawski –a partir de ese momento, ella pasó a llamarse Zofja Lutoslawska–; fue nombrada corresponsal para el frente oriental del periódico madrileño *ABC* durante la I Guerra Mundial;

vivió en primera persona la Revolución rusa –el ser testigo de los abusos e injusticias cometidos por los revolucionarios explica su fuerte anticomunismo–; entrevistó a Trotsky; fue propuesta para el Nobel en 1926; durante la Guerra Civil aceptó la invitación de Franco para volver a España, pues creía que la sublevación fascista regeneraría la patria; vivió la II Guerra Mundial en la Polonia asediada por los nazis y los bolcheviques, sobrevivió milagrosamente y murió finalmente en soledad en 1958. Casanova se presenta en el libro como una mujer contradictoria: gallega pero cosmopolita, pionera del periodismo de guerra pero escritora de una prosa llena de sentimiento y humanidad, defensora de la independencia polaca y de la monarquía española, feminista avanzada para la época, pero partidaria del papel de la mujer en el hogar. Su ideología se proyectó en sus artículos de periódico y sus crónicas de guerra, que enviaba a España desde el frente de batalla: catolicismo, monarquía, anticomunismo, conciencia de la sinrazón de cualquier guerra, y reivindicación de la vida en paz como destino de la humanidad.

Rosalía de Castro, Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán y Sofía Casanova son presentadas en el libro como una nueva generación de escritoras que supieron abrirse camino, no sin dificultades, en el ámbito de la literatura de la época que les tocó vivir. Pero no sólo brillaron en el ámbito literario, sino que dejaron una profunda impronta en las sociedades gallega y española gracias a su conciencia social y a su acción transformadora y práctica. *4 mujeres de palabra* acierta, en definitiva, en abordar la vida y la obra de estas escritoras desde una perspectiva amplia y multidisciplinar, destacando sus logros artísticos y vitales, su pensamiento filosófico, ideológico y político, sus contradicciones, la originalidad de su escritura o su ardua lucha por ser reconocidas. El libro supone, en este sentido, un paso más en la recuperación de estas cuatro pioneras, cuatro mujeres de palabra.

Jorge Valle Álvarez
 Universidad de Salamanca (España)
 E-mail: jor_valle@usal.es
 ORCID: 0000-0002-7332-1257